

A close-up portrait of a woman with reddish-brown hair pulled back, looking directly at the camera with a serious expression. She has light blue eyes and is wearing dark eye makeup and dark lipstick. She is wearing a dark, textured, herringbone-patterned jacket. The background is a plain, light-colored wall with a white circular object partially visible behind her head.

Me casan
con él

Corín
Tellado

Tras la muerte de su padre, Raf, vuelve esporádicamente al cortijo familiar. En una de sus visitas ve por primera vez a su vecina, hija de un íntimo amigo de su padre. Se encapricha de ella desde el primer momento e intentará por todos los medios casarse con ella, incluso pondrá un precio para ello.

Índice de contenido

Cubierta

Me casan con él

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Sobre la autora

*¡Oh, amor todopoderoso, que en cierta manera
haces de una bestia un hombre; y en cierta
manera también haces de un hombre una bestia!*

SHAKESPEARE

CAPÍTULO PRIMERO

Desde la enorme terraza, Raf Miyares miraba indolente el paisaje, sin fijarse demasiado en nada. Ni era contemplativo ni romántico, ni el paisaje en sí le enternecía. Pero aquel fin de semana se había hartado de su mucho trabajo en la ciudad y decidió relajarse en el cortijo, cuyas dimensiones eran tan extensas que se diría no tenían fin.

Tendido en una hamaca, enfundado en pantalones de montar, altas botas y una camisa a cuadros fumaba entornando los párpados cuando el galope de un caballo le sacó de su abstracción.

Elevó apenas los párpados, y sus negros y profundos ojos recorrieron el sendero sin ninguna prisa. Sin embargo, de repente, se detuvieron en un jinete que galopaba hábilmente atravesando justamente por delante de la valla que circundaba sus posesiones.

—Isidro —llamó con un vozarrón fuerte y ronco—, dame los prismáticos.

El capataz acudió presto entregándole lo solicitado.

—¿Quién es? —preguntó tras lanzar una quieta mirada sobre caballo y jinete—. Por aquí no suele galopar nadie a estas horas.

No anochece aún porque en Andalucía el sol ilumina fuertemente y encapota el firmamento con lentitud haciendo de las tardes días que a veces parecen interminables. Un disco rojizo se perdía en lontananza, pero el cielo continuaba siendo azul y el mismo sol amortiguado ocultándose, hacía de la larga tarde un prolongado crepúsculo.

Isidro, firme ante su superior, decía con cierta vacilación:

—Es la hija de los Urrutia.

—¿Urrutia? Me suena mucho ese nombre.

—Era muy amigo de su señor padre, don Rafael. Tiene un cortijo al otro lado del sendero, justo donde terminan sus posesiones. Se dedica a los viñedos y su tierra es muy fértil. Cuando falleció su padre estuvo a verle.

Ya recordaba. Se trataba de un señor delgado, muy elegante, con mucha clase, que lloraba como un crio la muerte de su fiel amigo. Pero había más cosas... Ya pensaría en ellas después.

De momento seguía con los prismáticos casi pegados a los ojos, persiguiendo las evoluciones de la jinete. Linda en verdad. Parecía escandalosamente joven. Poseía una mata de cabellos rubios que se esparcían al viento a medida que el potro galopaba haciendo círculos. Una jinete experta, sin duda. ¡Hum! Vestía calzón de montar de un rojo vivo, altas polainas y una camisa negra, y en torno a la garganta lucía un pañuelo que tal parecía se iba a escapar porque las puntas de aquel se extendían al viento como los rubios cabellos.

La vio desaparecer tras unos arbustos y entregó los prismáticos a su capataz.

—¿No está galopando por mis posesiones?

—Sí, señor. Pero es que el señor Urrutia y su difunto padre eran muy amigos. Nunca tuvieron en cuenta hasta dónde llegaba una posesión y otra. La demarcación de ambos se termina en el riachuelo, si bien jamás se tuvo en cuenta ese detalle.

—Ya.

—Roger Urrutia y su esposa Lucía parecían formar parte de esta familia, señor. Supongo que los habrá visto más de una vez.

Raf se levantó. Era alto, moreno, bruñido de piel, facciones irregulares y gesto adusto, bajo una negra mirada, impenetrable.

—Esa persona que montaba el negro potro no era Lucía Urrutia.

—No, señor. Todos los días, desde hace algo más de un mes, Neil Urrutia da ese paseo a esta hora.

—¿Neil?

—La hija de los Urrutia, señor. Llegó aquí hace cosa de dos meses o menos. Se educó en un colegio suizo y las vacaciones las pasó siempre en el extranjero. Ahora ha finalizado su educación y arribó lógicamente al hogar de sus padres.

Muy interesante, pensó Raf.

Arrugó el ceño. La figura de aquella chica vista a través de unos prismáticos había quedado fija en su mente.

—Invítala a merendar conmigo, Isidro —dijo alejándose con la fusta en la mano y sacudiendo con ella sus pantalones.

Isidro, muy sorprendido, siguió a su amo preguntando:

—¿Sola, señor? ¿O me está indicando que con sus padres?

—Sola. Mañana a las seis.

Y se alejó dejando a Isidro tan sorprendido que se miró a sí mismo como si de repente le cambiaran y no se reconociera.

* * *

—¿Tengo que ir, mamá? No le conozco de nada.

—Raf siempre fue insólito —apuntó Roger Urrutia con cierto desdén—. Su padre aducía que estaba demasiado consentido. Pero a sus veintiséis años... supongo que le habrá entrado el sentido. Desde que falleció el padre hace esporádicas apariciones por el cortijo. Sin embargo, en vida de su padre se pasaba la vida en la ciudad sin preocuparse demasiado de su riqueza perdida en estos lares. No obstante, y pese a sus extravagancias, supongo que será una

buena persona y además ha de tener en cuenta que su padre y nosotros éramos como hermanos. Yo le di el pésame hace seis meses cuando el padre falleció casi de repente y no estoy seguro de que me haya reconocido, pero si ahora te envía una invitación para merendar con él... estimo que debes ir.

Neil frunció el ceño. Sus verdes ojos se abatieron bajo el peso de los párpados.

—Lo lógico —dijo— es que nos invitara a tos tres.

Lucía intervino.

—De todos modos, tampoco tiene nada de particular que te haya enviado la invitación a ti sola. No te olvides que nuestra amistad con su padre data de toda la vida.

—Pero este no es el padre, mamá, es el hijo.

—¿Y qué? Lo lógico es que desee estrechar una amistad que él no frecuentó.

La conversación tenía lugar en el salón de la casa apaisada. La misma estaba bordeada por una alta valla y al final, perdidos entre sembrados donde las vallas eran solo espinos, se veían los viñedos alzarse majestuosos, de forma casi infinita.

Las dos fincas se hallaban separadas por un río, un puente y dos senderos. La de los Urrutia, con ser grande y fértil, no se podía comparar con la enorme posesión de los Miyares, cuyos viñedos se perdían como si tuvieran un infinito, y muy lejos, entre montes y rastros aparecían los campos vallados donde se movía el ganado de lidia.

En casi dos meses, Neil lo había recorrido todo. Y sabía ya dónde terminaban las posesiones de su padre y dónde comenzaban las de sus vecinos.

La diferencia era notoria. La riqueza de los Miyares era sin duda de una abundancia incluso escandalosa. En muchas leguas solo había campos de trigo, viñedos y ganado de lidia. Miles de obreros, y al fondo, allá lejos, casi erguidos en los montículos que formaban la desigualdad de los terrenos, se alzaban las casitas de los colonos. Su padre no

tenía colonos y sus tierras, aunque fértiles, no eran ni mucho menos una cuarta parte de las posesiones de los Miyares.

Se removió inquieta dentro de sus pantalones de canutillo rojo y su camisa negra.

Sacudía la fusta nerviosamente.

—Y por qué esta intempestiva invitación, ¿papá? No le conozco. Además, tú serías muy amigo de su padre, pero al hijo apenas si le conoces.

Roger se alzó de hombros.

Era un tipo alto y delgado, de una gran clase.

—Mira, Neil, hay que tener en cuenta que al igual que nosotros no te hemos tenido aquí en años, Tomás Miyares no atosigó a su hijo y le dejó viajar, hacer su carreta agrónoma y después, como el campo no le gustaba, él montó negocios en la costa. Tiene bingos, salas de fiestas. Hoteles de cinco estrellas... Es un chico emprendedor y tiene suerte en los negocios. Pero no puede olvidar obviamente que toda su fortuna parte de estas tierras y una vez muerto su padre aparece por aquí de vez en cuando. De dos en dos meses quizá. Es por eso que, debido a sus ausencias, no se haya percatado aún de que nosotros tenemos una hija. Mi consejo es que acudas a su invitación. ¿Por qué no? Quizá esto sirva para estrechar una amistad que con la muerte de Tomás se estaba enfriando.

—Yo opino como tu padre, Neil.

La joven miró de nuevo la tarjeta. No cabía duda. Ponía Rafael Miyares y en letra desigual, de rasgos dilatados, una invitación para tomar el té aquella misma tarde a las seis.

Se alzó de hombros.

Su madre decía quedamente:

—Neil, es joven. Ha de tener veintiséis años. Siempre estuvo interno desde muy crío y después se lio con negocios. Pero, evidentemente, no podemos olvidar que es hijo del que fue nuestro mejor amigo.

—Está bien, está bien. Iré —miró la hora en su reloj de pulsera—. Tengo el tiempo justo para cambiarme.

* * *

Rosa le decía a su marido:

—Oye, Isidro, ¿estás seguro de que la merienda es para la señorita Neil?

—No me impacientes, Rosa. Sí, sí. Yo mismo envié el sobrecito con la invitación. Ya sé que es insólito, pero es así.

—Siempre que vino por aquí se quedó solo y hosco vagando por el jardín. Y, de súbito, se convierte en humano.

—Rosa, que le tienes manía.

—Si a eso vamos, se la tenemos todos. ¡Qué vida cuando existía don Tomás! Pero lo que es su hijo, parece un reyezuelo y es soberbio a más no poder.

—Ha vivido en otros ambientes —se empeñó Isidro en defenderlo sin mucho fundamento ni convicción.

Pero es que si él no defendía al joven amo, cualquier día, entre todos, lo linchaban.

Las cosas, la verdad, habían cambiado mucho desde la muerte de don Tomás. Un año antes aquello era un paraíso. Don Tomás conversaba con todos los empleados, les consultaba cuando vendía ganado de lidia y hasta tomaban juntos copas en la terraza o refrescos en el jardín, junto a la piscina. A la sazón, y desde su muerte, y una vez apareció el nuevo amo, las cosas se convirtieron en opuestas. Hablaba poco, no pedía consejos y se entregaban las cuentas a un señor llamado Daniel Santos, mes a mes. Ni un regalo más para los hijos de los trabajadores. Ni una consideración, y además se exigía puntualmente los pagos y no se diga las deudas contraídas que casi tenían tantos años como don Tomás. Se estaban actualizando una por una y más de un trabajador hubo de empeñar sus enseres personales para abonar dichas deudas.

—Ni ambiente ni nada —protestaba Rosa sin dejar por eso de disponer la mesa en el salón, cerca de los anchísimos y amplios ventanales—. Cuando don Tomás falleció y llegó él para enterrarlo, ya no me gustó su mirada. Es frío y altivo. Tú sabes que en vida de don Tomás el hijo solía venir de vez en cuando, en visitas rápidas, y no se metía en nada. Pero desde que es el amo absoluto, tú me dirás quien ahorra aquí un duro.

—Al fin y al cabo él lo heredó, Rosa. Es suyo. Don Tomás era demasiado generoso. Pero no todo el mundo es igual, ¿no? Pues eso.

—¿No te parece que lo lógico sería que invitara a los tres? Porque la amistad de los Urrutia con don Tomás era bien conocida y el hijo debe saber eso. Pero no, invita solo a la hija. ¿A ti te parece eso normal?

Hacía tiempo que Isidro había dejado de analizar.

Podía observar en silencio y le gustaba tan poco como a su mujer el comportamiento de Raf Miyares. Pero allá cada cual. El que poseía el mando, el poder y el dinero era aquel joven, e intentar resucitar a don Tomás era tarea estúpida.

—¿Lo tienes todo dispuesto? —preguntó—. Pues ahora llama a la doncella y dile que esté al quite. Cuando venga la señorita Neil, que aparezca rigurosamente uniformada.

—La señorita Neil es un cielo de chica. Como sus padres, y mira que ha sido educada exquisitamente. ¿Pues sabes qué te digo? No será tan rica como tu joven amo, pero es mil veces más humana y comprensiva.

—Deja tus opiniones a un lado, Rosa. Y recuerda que maldito si deseo complicarme la vida. Hala, que la hora está llegando.

Enmudecieron los dos.

Por el corredor que se divisaba en parte desde el salón, vieron avanzar a Raf Miyares. Vestía pantalón blanco y camisa azul y una chaqueta de fina lana azul marino. Cetrino de piel, ojos y cabellos negros, alto y fuerte, no tenía la elegancia de su difunto padre, pero tanto Isidro como Rosa re-

conocían que dentro de su misma adustez poseía una acusada personalidad. Y además era interesante. Parecía mayor, si bien los dos sabían por haberlo visto casi nacer, que contaba pasados veintiséis.

—¿Ya está todo dispuesto? —entró preguntando.

Tanto Rosa como Isidro se quedaron algo firmes.

—Sí, señor —apuntó Rosa.

—Pues cuando llegue la señorita Urrutia la pasa aquí.

Isidro y su esposa se fueron uno tras otro.

Rosa decía entre dientes:

—Hasta es mal educado, y considerado nada. ¿Por qué los hijos han de ser tan distintos a sus padres?

—Calla y dile a la doncella que esté dispuesta.

—Tú eres el capataz y aquí siempre fuiste bastante más y ahora eres como un sapo, Isidro. ¿Por qué no se quedará en la ciudad y se olvidará de que esto es suyo?

—Ve a decirle a Nuria que esté lista y procura que su uniforme no tenga una sola arruga. Maldito si quiero complicarme la vida.

Rosa se alejó a paso ligero.

Isidro, entretanto, veía cómo la señorita Urrutia, enfundada en un traje de hilo blanco, se apeaba de un auto rojo y lo dejaba aparcado junto a la valla.

También veía a través del cristal del ventanal que el jardinero abría la puerta que se encuadraba en medio del portón.

Presuroso salió a las terrazas y salió del mismo modo hacia la joven por las anchas escaleras que de las terrazas encaminaban al jardín.

—Buenas tardes, señorita Neil.

—Ah —con una diáfana y cálida sonrisa—. Hola, Isidro. Por lo visto, tu amo desea conocerme.

—Así es, señorita Neil. Yo mismo la acompañaré al salón.

Por la noche escribía Neil en su diario:

«Pocas veces me sentí más desconcertada. Isidro, tan locuaz él, tan humano y tan noble, parecía cortado. Como si estuviera vigilado. ¿Qué tipo de hombre sería el nuevo amo de Las Encrucijadas?

»Lo supe en seguida... Pero tengo sueño y muy pocas ganas de rememorar la desagradable merienda...».

II

« **A** cabo de levantarme. En realidad pocas veces escribo este diario. Lo hago en alemán para que si un día cae en manos de alguien, no lo entiendan. No es que yo escriba cosas que no puedan ser leídas. Pero la intimidad de uno es sagrada y no me gusta que entre nadie en ella.

Debo reconocer que está escrita a retazos. Según cosas importantes que me van pasando. Y no son muchas. Elementales situaciones, infantiles recuerdos. Tengo veinte años y desde los quince que gané un diploma en el colegio suizo y este diario de cubiertas de una lámina de oro con cerradura y llavecita del mismo rico metal, alguna vez me siento idealista, ingenua y romántica. Es por eso que a veces me pongo a escribir en él. Tiene fechas y épocas. Cinco años de mi vida a retazos, como a salto de mata escritas en él. Pienso que ni siquiera mis padres saben que lo tengo y que cometo la ingenuidad de escribir mis impresiones.

Pienso que el episodio que viví ayer, nada agradable por cierto, empeñará mi obligación de escribir más. Y es que no quiero desvirtuar la figura del hijo del amigo de mis padres y tener que decirles que me pareció un cretino indeseable. Decirlo sería como destruir un buen recuerdo y una inmejorable imagen.

Yo no conocí a Tomás Miyares, pero dado el recuerdo que ha dejado en esta casa, debió ser un tipo espléndido. Los mismos criados de La Encrucijada, así se le llama a la casa apaisada de los Miyares, parecen distintos. Eso lo digo

porque cuando el amo no está me saludan y conversan conmigo, pero tan pronto aparece el descapotable azul pastel, se diría que desaparecen todos de los senderos y cercanías.

Pero me estoy yendo en divagaciones.

Y si me he sentado aquí, aún en pijama, es para contar cómo me fue ayer con Raf Miyares y su exquisita merienda...

Mis padres me preguntaron, viéndome llegar algo sofofada.

Pero yo no les conté la verdad.

Únicamente les dije que era adusto y poco comunicativo y que parecía bastante soberbio.

Pero mi opinión de él es peor. Es desastrosa.

Siento aún calor de vergüenza en la cara cada vez que recuerdo su mirada desnudante, sus frases secas y su ademán posesivo al tomar mi mano...

Reconozco que es un tipo interesante. Pero no acepto, en pleno siglo veinte, casi en los comienzos del veintiuno, que aún existan tipos jóvenes tan pegados a sus poderes. Porque a Rafael Miyares se le nota.

O está mal educado, y eso no me cabe en la cabeza, o le han criado cargado de caprichos y ahora piensa que el mundo le pertenece.

Pero vayamos por partes.

Y es que escribiendo noto en mí un desahogo.

Es como si vaciara mis iras y mis humillaciones.

Porque, ¿entienden?, el muy cretino me miró como si yo fuese algo suyo y su saludo no fue amable, pero para él quizá resultó incluso halagador. Como si me estuviera haciendo un favor.

—Te vi desde la terraza y me pareciste muy bella. Lo eres más que lo imaginable.

Así.

Como si yo fuera algo que le pertenecía ya.